

BADAJOS EN 1658

PRELIMINARES DEL SITIO

Destituído el conde de San Lorenzo del mando de las tropas portuguesas que operaban en Alentejo, vino a esta provincia su sucesor Juan Mendes de Vasconcellos con el honroso título de teniente real. Detúvose varios días en Estremoz, y allí supo que los soldados españoles, en sus frecuentes incursiones por las tierras de Monjaraz, Villaviciosa y Elvas, hacían grandes presas que perjudicaban mucho a la clase labradora. Al recibir esta noticia, sin pérdida de tiempo, mandó que el maestre de campo Sancho Manuel se acuartelase en Moura, quedando a su orden el distrito de Estremoz, en el que se hallaban cinco tercios de infantería y veinticuatro compañías de caballos, fuera de los auxiliares que aún no se habían licenciado. Mendes de Vasconcellos partió para Elvas dispuesto a impedir los desmanes castellanos. Informado del estado en que se encontraba la provincia, y noticioso del abandono en que el duque de San Germán, confiado en su poder, tenía los asuntos de la guerra, se propuso recuperar la plaza

de Mourón por la facilidad de la empresa y por dejar más cubiertos los campos de Monjaraz, Beja y Evora, que eran los más fértiles del reino. Para lograr este propósito se hicieron nuevas levas y se tomaron toda clase de prevenciones.

Mientras se preparaba esta campaña hubo de una y otra parte entradas sin importancia. Fué digna de memoria la realizada por el duque de San Germán con mil ochocientos caballos, y la referiremos brevemente para dar una idea de la forma como entonces se peleaba. Emboscado el castellano en las proximidades de Campomayor, atacó con fortuna a la compañía de Francisco da Silva, encargada de vigilar los alrededores de la población. Hizo fuego la artillería de la plaza, y, al estruendo, Andrés de Albuquerque salió de Elvas con cinco batallones y poco más de trescientos caballos, dirigiéndose al río Caya al saber que entre éste y la villa de Santa Eulalia se advertían algunos movimientos de tropas enemigas.

Por ser terreno espeso y peligroso le aconsejó Venichele, comisario general de la caballería, que antes de emprender la ruta adelantase algunas patrullas para hacer una descubierta. Despreció Andrés de Albuquerque este consejo, y en la confianza de que nada ocurriría, ordenó, después de una legua de marcha, que el capitán de coraceros Fernando de Sousa Coutinho, con cien caballos, procediera a reconocer los bosques cercanos. Con la misma prisa que Fernando de Sousa entró en ellos, salió perseguido por trece batallones enemigos, que llegaron en su persecución casi a echarse encima del grueso de las tropas portuguesas. Andrés de Albuquerque, viendo el peligro más próximo de lo que imaginara, preguntó a Venichele:

—*Y ahora qué hacemos?*

A esta pregunta respondió Venichele con tranquilidad:

—*Ahora huir, que es lo que acostumbran hacer en la guerra los que no son cautelosos.*

Contestación adecuada por no haber seguido su indica-

ción en tiempo oportuno. Milagrosamente pudieron llegar los portugueses a las murallas de Elvas, gracias al comportamiento de las compañías que mandaban Juan da Silva y Luis de Meneses, las mejores del ejército, que soportaron el peso de la contienda, logrando que las dispersas tropas de Andrés de Albuquerque pudieran reunirse y encontrar seguro refugio.

* * *

Llegó el otoño y se ultimaron los preparativos para la campaña. Urgía solucionar el problema de Mourón antes que comenzara el período de lluvias, que seguramente entorpecería las proyectadas operaciones; y también era conveniente aprovechar la debilitación del ejército español, a causa de los muchos oficiales y soldados que habían salido para luchar en la región catalana. Por estas razones, adelantóse el maestro de campo Sancho Manuel a ganar los puestos sobre Mourón, y conseguido sin lucha el propósito, inmediatamente avisó a Méndez de Vasconcellos, que estaba en Telena, tan feliz suceso. Con tan buenos auspicios, el 22 de octubre de 1657, se dispuso la salida del ejército, que llegó a la vista de Mourón en medio de una tempestad de agua y viento. Como la circunvalación de la plaza era pequeña, fácilmente se formaron dos baterías y se abrieron dos aproches, uno por el arrabal, que conducía a la puerta del castillo, y otro por el sitio llamado del Lagar, que quedaba poco distante de la barbacana. En seguida empezó el fuego de la artillería, y se adelantaron mucho los trabajos con generosa emulación de todos.

Gobernaba la plaza el maestro de campo D. Francisco de Avila Orejón, y componían la guarnición cuatrocientos infantes y cuarenta caballos, con provisiones de guerra y boca para tiempo dilatado. Sólo duró cuatro días la resistencia de los sitiados, y cuando el tercio de Simón Correa se disponía

al asalto, se rindieron el 30 de octubre con honrosas condiciones, retirándose a Olivenza. Mendes de Vasconcellos entregó el gobierno al maestre de campo D. Francisco Pacheco Mascarenhas, quedándole seiscientos infantes, dinero, materiales e ingenieros para levantar cuatro baluartes que asegurasen mejor la defensa de aquel lugar. Con esta garantía, el ejército portugués pasó el Guadiana precipitadamente, porque las muchas lluvias no permitían largas demoras. El duque de San Germán, con la primera noticia de que Mourón estaba sitiado, fué a Olivenza para juntar las tropas de los cuarteles más vecinos y hacer frente a la situación, pero al tener aviso de la entrega, las licenció. También Mendes de Vasconcellos despidió las fuerzas de socorro, y dividió el ejército por las antiguas guarniciones.

La reconquista de Mourón fué motivo de gran júbilo en todo el reino portugués, entendiendo que con este suceso se comenzaba a restaurar la reputación perdida en la campaña antecedente. Y como por el rigor del invierno se suspendían las operaciones, Mendes de Vasconcellos fué a Lisboa a conferenciar con la reina y a disponer los futuros progresos (1).

* * *

No estuvieron inactivas las tropas españolas en los primeros meses del año 1658. Se ocuparon en reparar las fortificaciones que habían sido muy perjudicadas con las abundantes lluvias, principalmente las de Olivenza, donde se cayó la camisa a diferentes lienzos de la muralla, a que dió no poca ocasión la obra dispuesta por D. Ventura de Tarragona para abrir más el foso y quitar la escalada, en evitación de que los soldados, en sus frecuentes huídas, saltasen por aquéllas,

(1) *Portugal Restaurado*. P. II. L. II. Pág. 68.

a pesar de que algunos fueron arcabuceados (1). Recogen las numerosas relaciones de la época que he leído escaramuzas, correrías y emboscadas, que si fueron útiles para que las tropas se entrenaran en la lucha y se acostumbraran a las inclemencias del tiempo, también sirvieron para avivar los odios de los dos pueblos que guerrearon en Extremadura con exaltada pasión. De una y otra parte hubo daños en los campos, con los consiguientes robos de ganados, motivando más de una vez el reparto del botín ruidosos incidentes, a los que no fueron ajenos los principales jefes del ejército.

Quejábanse los paisanos de Alcántara de la conducta de D. Pedro Quintanal, que teniendo a sus órdenes tropas bastantes no las reunió oportunamente para evitar la presa que hicieron los rebeldes de una gran cantidad de ganados, aunque se le avisó a tiempo. Con este motivo estuvo en las proximidades de Membrío el general D. Diego de Ibarra, pero su actuación fué nula, porque con pretextos injustificados no atacó al enemigo, dejando que sin molestias pasara algunas riberas que ofrecían no pocas dificultades. Los alcantareños tenían razón para quejarse, porque la principal misión de estas tropas era la vigilancia de los campos, y a sus expensas se alojaban y mantenían. El duque de Osuna, buscando el desquite, llegó a las cercanías de Portalegre, con objeto de enviar desde allí patrullas a los poblados vecinos para que se apoderaran de cuanto pudieran. Estas correrías no dieron el resultado apetecido; los portugueses, más vigilantes que los nuestros, dieron los avisos oportunos. Sin embargo, recogieron cosa de seiscientas reses mayores y algunos rebaños de ovejas, y con esta presa se dirigieron a Valencia de Alcántara, encontrando a las tropas enemigas que ocupaban posiciones a lo largo de la ribera de Nisa. No eran favorables las condiciones para aceptar combate, y aunque el capitán

(1) *Sucesos del año 1658*. Ms. existente en la Biblioteca Nacional.

Rivera y el teniente Guisado, ambos prácticos de aquel país, indicaron otro paso no lejos de allí en buenas condiciones para poder pelear en caso de ataque, prevaleció el criterio del comisario Bustamante, soldado viejo y de valor, y nuestras compañías salieron de Portugal por el mismo paraje que entraron, tierra al fin más acomodada para la caballería y no tan áspera como la otra.

Aun con estas precauciones dejaron abandonadas las ovejas, porque no fué posible hacerlas andar por los caminos encharcados. La marcha fué penosa y desordenada, hasta el punto que los soldados, maltrechos y rendidos por la fatiga de la jornada, no hubieran podido resistir el menor empuje del enemigo. Descansaron en Alburquerque, y el duque de Osuna distribuyó la presa en la siguiente forma: al duque de San Germán, 75 bueyes; al maestro de campo D. Alonso de Moxica, 50; al teniente general D. Juan Pacheco, 50; 6 a cada comisario, y 2 a cada uno de los capitanes. El se reservó 150 reses. El producto de la venta del ganado restante se empleó en la compra de caballos para reponer los que se perdieron o inutilizaron durante la marcha.

* * *

En los primeros días de mayo se rumoreaba insistentemente que los portugueses, con mucho sigilo, reunían un numeroso y bien pertrechado ejército para atacar las principales plazas fronterizas. Sospechaba el duque de San Germán que los objetivos eran Badajoz, Olivenza y Alburquerque, y, como es natural, dispuso lo conveniente para la defensa, llamando a las milicias provinciales y a las de Sevilla; y en virtud que los rumores iban en aumento y los espías aseguraban que jamás vieron tantas fuerzas reunidas, resolvió poner todo en conocimiento del rey. En la corte se recibió la noticia con incredulidad, y parecía tan absurdo que los portugueses intentasen nueva empresa contra Badajoz, después de

los fracasos sufridos en los anteriores intentos sólo por el valor y arrojo de sus habitantes, que D. Luis de Haro, favorito de Felipe IV, escribió en son de burla al duque de San Germán:

—*Estad tranquilo que no están los portugueses para pensar poner sitio a Badajoz y procurad serviros de espías más fieles.*

Con este criterio, el Gobierno español permanecía inactivo, enviando, en vez de socorros, buenas palabras; las milicias se movilizaban con suma tibieza, y no había ni un grano de cebada ni de trigo almacenado, ni asentistas que los diesen «si no es rogado y como por Dios». Contrastaba todo esto con la actividad de que daban muestras los portugueses, ordenando con mucho entusiasmo los preparativos de la campaña, y alistándose como voluntarios, para pelear en calidad de soldados, personas muy significadas del reino por su posición social y política. Entre ellas figuraban los condes Camareiro-Mor, Atouguia, Feira y Sarcedas, que de quince años estuvo en Olivenza durante el sitio, procediendo siempre con mucho valor, y los Sres. Aires de Sousa y Aires de Saldanha.

Estaba muy equivocada la corte de Madrid. Mendes de Vasconcellos, alentado por la reina regente, que con espíritu varonil quería tomar satisfacción de la pérdida de Olivenza con una empresa grande, regresó de Lisboa dispuesto a organizar un numeroso ejército y a emprender la conquista de Badajoz. Todos los ministros habían aprobado la regia resolución, excepto el conde de Sabugal, que en un largo y ponderado escrito expuso los inconvenientes y dificultades de este intento, por la resistencia que habían de oponer los castellanos y por las molestias y enfermedades que había de ocasionar el ardiente sol de Extremadura, y razonó minuciosamente las ventajas de emplear todos los esfuerzos, para desquite de los malos sucesos pasados, en la provincia de *Entre Douro e Minho*, que por más descubierta era más pe-

ligrosa que cualquier otra, procurando ganar el fuerte de San Luis Gonzaga, que oprimía a la citada provincia y también a las de *Traz os Montes* y *Beira*. Logrado este objetivo, era fácil apoderarse de Bayona o Túy, pueblos de suma importancia, puesto que conquistado uno u otro tenía que sujetar a la obediencia del rey innumerables lugares de Castilla, que pagarían tributos considerables. Dedicarse a empresas que arrastren muchos intereses, era, en opinión de Sabugal, axioma verdadero que nunca deben olvidar los que hacen guerra defensiva.

Tampoco fué unánime el juicio de los jefes del ejército portugués al apreciar la operación proyectada. Don Luis de Meneses escribió a la regente dándole cuenta del estado de las tropas y exponiéndole sus dudas acerca del éxito de la empresa de Badajoz, por la exagerada circunvalación de esta ciudad y por hallarse en ella todo el poder de los castellanos. Opinaba que el ejército debía emplearse en Alburquerque, que era plaza más fácil y de no menos conveniencia, porque su posesión defendía muchos lugares del reino, descubriendo dilatado país enemigo; o en Alcántara, que comunicaba la provincia de Alentejo con la de la Beira, y su conquista sometía a Pórtugal muchos pueblos españoles. A juicio suyo, cualquier empresa que no fuera la de Badajoz, era más útil y menos costosa. Mendes de Vasconcellos procuró armonizar los diversos pareceres de los jefes, quienes, después de varias reuniones, decidieron el ataque a Badajoz, en la confianza de que el esfuerzo que iban a realizar no sería estéril, porque, según sus noticias, el duque de San Germán, no conociendo ni considerando probable este proyecto, había sacado de la ciudad víveres y municiones para poner en mejores condiciones de resistencia las plazas de Olivenza y Alburquerque, pensando que cualquiera de ellas había de ser el primer punto de choque.

La acumulación de elementos militares en la plaza de Elvas, el extraordinario número de soldados y el incesante trabajo de los espías, descubrieron a los españoles las verdaderas intenciones del enemigo. Con esta certeza, el duque de San Germán comisionó al maestre de campo D. Juan de Zúñiga para que en Madrid contara estos sucesos y advirtiera que «los esfuerzos de los rebeldes eran los mayores que jamás han hecho». Produjo la noticia honda emoción. Se movió todo el reino y «muchos títulos y fidalgos se dispusieron a servir de aventureros». El duque de Medina de las Torres propuso que el rey en persona se pusiera al frente del ejército, acompañándole la nobleza, en la seguridad que ante el clamor producido por la indignación y la vergüenza todo el mundo tomaría las armas con entusiasmo para salvar a la patria, amenazada por los portugueses, alentados ocultamente, según el monarca y los ministros, por Francia e Inglaterra.

Pero D. Luis de Haro se opuso a este pensamiento, considerando que no era prudente exponer al rey a las fatigas de la guerra. Entendieron los palatinos que de no ir el rey debía de salir para la frontera su primer ministro; y D. Luis de Haro, receloso de que algún cortesano se previera de su ausencia para suplantarle en la confianza real, tuvo que ser héroe a la fuerza, y sin entender nada de asuntos militares, con apariencias de obrar por patriotismo, ofreció ponerse él mismo al frente del ejército, con mucho agrado del rey, que le dijo con ternura:

—*Anda, pues, y no temas, que yo cuidaré de tu fortuna, y puedes ir seguro de que nadie ocupará en mi corazón el lugar que ocupas tú* (1).

(1) *Historia General de España*, por D. Modesto Lafuente. Estos datos los tomó de una *Relación de los sucesos de la Corte* que se conserva en la Biblioteca de la Academia de la Historia.

A esta triste situación nos llevaron las torpezas de los gobernantes. ¡Qué vergüenza! Portugal, indignada por las vejaciones que había sufrido, y divorciada del pensamiento político español por no haber sabido atraerla con normas de equidad y de justicia, no quiso solamente desprenderse de las garras de España, sino que amenazó atacarla a fondo. Se comprende el abatimiento del rey y el desconcierto de los ministros. Todo había que improvisarlo. Los recursos eran escasos y las fuerzas se agotaban. La defensa era de tanta importancia, que un fracaso hubiera abierto a los lusitanos el camino de Castilla. A los diez y ocho años de lucha estábamos en peores condiciones que cuando estalló en Lisboa el movimiento de rebeldía que separó estos reinos, quedando en el portugués un sedimento de odios y rencores que desgraciadamente en nuestros días no ha desaparecido por completo.

JESÚS RINCÓN.